CORAZÓN DE GUERRERO

—El Camino de los Miedos—



Gonzalo Cajaraville

CAPÍTULO V

— El exilio —

19

La mañana había asomado en el sur de Tibur, y atrás había quedado la ceremonia de iniciación de guerreros. El evento había dejado algunos remanentes, tales como ebrios deambulando por los caminos, tratando de conquistar un último trago, y restos de sacrificios esparcidos en la orilla del Lago de los Dioses.

El cielo se mostraba pálido y cubierto por nubarrones que amenazaban con un frente de tormenta proveniente desde la cordillera este. El aire húmedo se hacía cada vez más denso en el ambiente haciendo que el despertar de aquel día ofreciera un panorama sombrío. De igual modo, el clima en el castillo tampoco era el mejor. Aunque, en ese caso, la pesadumbre se debía a cuestiones más críticas. La escasez de recursos y la amenaza del norte propiciaban un estado de alerta permanente que, inevitablemente, preocupaban a la realeza.

Era costumbre del rey, al comienzo de cada ciclo lunar, convocar a sus ministros para tratar los asuntos más prioritarios. Los ancianos sabios aconsejaban que decisiones tomar durante los días de luna nueva, que era cuando la protección de los dioses fluía con mayor presencia.

Durante aquellas horas matutinas, se daba lugar a una reunión crucial en el salón principal de la Torre del Homenaje. El rey y sus hombres de confianza se esforzaban por hallar soluciones a una crisis que cada vez se enraizaba más en el reino.

–Hans, ¿cómo fue la recaudación del tributo? –Preguntó el rey. Sabía que las arcas del reino estaban en rojo, pero necesitaba oírlo en boca de su ministro del tesoro.

–Mi majestad, lamento darle malas noticias pero los resultados son aún peor de lo que esperábamos. La mayoría de los habitantes se rehúsan a pagar el tributo y atribuyen la negativa a la crisis –respondió, cautelosamente. Temía una reacción violenta del rey, conocido por tener un carácter fuerte e impredecible.

Muchas veces, las respuestas de Gregor estaban sujetas a su estado de ánimo. Sin embargo, tomó la noticia con cierta serenidad, o más bien, resignación.

–Sé que es preocupante, y no hace más que empeorar –se lamentó, para luego añadir–Pero necesitamos revertir esto cuanto antes.

–Creo que tendríamos que ser más rigurosos, el pago del tributo no debería ser una contribución, sino una obligación –declaró el ministro, esta vez con mayor confianza.

–Que fácil decirlo –refutó el viejo Harald. El anciano llevaba muchos años viviendo en el reino y había sido testigo de la decadencia del bienestar del pueblo. A pesar de encontrarse en una posición de privilegio, empatizaba con los sectores más humildes.

–El reino está atravesando un momento que no tiene precedentes, la crisis no es responsabilidad de la realeza exclusivamente, el pueblo también debe sacrificarse –acotó el ministro, enérgico.

–No puedes hablar de sacrificios cuando disfrutas de grandes festines y vas de juerga en juerga todas las noches –increpó el anciano nuevamente, exaltado. No reparaba en cuidar sus modos, la vejez le concedía ciertas licencias.

–¡Suficiente! No debemos pelearnos entre nosotros –Exclamó el rey, cortando la reyerta. Se sentía abatido, los problemas lo superaban y su equipo no le brindaba soluciones. Tras la interrupción se generó un silencio incómodo y, antes de que se agudizara el malestar, retomó la palabra–. Sé que el pueblo está sufriendo, por eso no podemos exigirle más. Pensé que el evento de los reclutas les daría un respiro, una distracción, y que eso favorecería el pago del tributo.

–El evento fue una gran idea, el pueblo lo disfrutó enormemente –se apresuró a decir Einar, tratando de animar al rey. Su lugar en la realeza se sostenía fortaleciendo la autoestima de Gregor, por lo que sus comentarios resultaban una caricia permanente. En el entorno lo habían apodado “el lustra botas del rey”.

–Fue maravilloso, pero no generó recursos y la recaudación continua en baja. No sé lo que haremos, pero hay que actuar de inmediato. Discúlpeme mi majestad, pero ya no tenemos de dónde obtener riqueza –concluyó el ministro del tesoro, contundente.

–Conozco perfectamente la situación y estoy ocupándome de eso. Pienso que todos los caminos me llevan a tomar la decisión que venimos postergando hace años, ¡enfrentar al norte! –exclamó el monarca con ímpetu, golpeando la mesa con el puño.

–Mi majestad, los estamos enfrentando día a día, la guardia real está haciendo un gran esfuerzo por custodiar las orillas del Lago de los Dioses –señaló Jensen, uno de los caballeros de confianza de Klaus que reemplazaba en aquella jornada.

–Cuando pienso en enfrentarlos me refiero a enfrentarlos de verdad, no a simplemente responder a sus ataques. Parecemos roedores que reaccionan sólo al sentirse acorralados. Tenemos que tomar la iniciativa, debemos golpear primero. Es tiempo de volver a las grandes campañas –concluyó, inflando el pecho y dejándose llevar por sus sueños de grandeza.

–Mi majestad, ¿cómo lograremos tal hazaña? Deberíamos atravesar el Bosque Encantado para hacerlo –insistió el militar, confundido.

–No sé por qué estoy discutiendo esto contigo, ¿eres lo mejor que tenían para enviar esta mañana? ¿Dónde está Klaus? –Lo regañó, perdiendo un poco la paciencia. Gregor no toleraba que lo contradijeran, y mucho menos alguien que consideraba de tan poca talla como lo era para él Jensen.

–El capitán Klaus está comandando una misión, pronto tendrá noticias de él –excusó el caballero, dubitativo.

–Si existe una misión tan importante como para que el capitán falte a esta reunión, no entiendo por qué no estoy al tanto. ¿Cuál es esa misión? –Interrogó el rey, clavando su mirada como una daga en el rostro de Jensen.

El caballero lamentó no haber mantenido la boca cerrada. Se encontraba en una encrucijada, sabía que Klaus no quería informar la situación antes de tener noticias de Eros pero, a su vez, era el rey quien estaba increpándolo. Vaciló un momento, pero antes de que Gregor estallara, trató de conformarlo.

–Es información confidencial, yo no sé mucho al respecto –comenzó a explicar, eligiendo sus palabras con cuidado–. Hubo un inconveniente durante la ceremonia de iniciación y el capitán está trabajando en eso. Pero no debe preocuparse, para cuando le informe las novedades, seguramente, ya estará todo bajo control.

–Muy bien, haremos de cuenta que no me dijiste nada, y espero que pronto Klaus me dé una buena razón para justificar su ausencia –dijo, restando importancia al hecho. Luego continuó–. Volviendo a lo importante, en cuanto al Bosque Encantado les anuncio que tomé la decisión de que debemos ingresar y llegar al otro lado. Llevaremos a cabo una misión de exploración para comprender a los demonios que habitan ahí dentro. Tal vez, deberíamos incluir al recluta que sobrevivió a la prueba de ingreso, ¿cómo se llama ese muchacho? –Preguntó, mientras fingía revolver en su memoria. Eros estaba ganando popularidad, pero quería restarle la mayor trascendencia posible.

–Eros –respondió Jensen, tímidamente. El rey lo miró, y le hizo un gesto para que alzara la voz–. ¡Eros! –exclamó, y comenzó a transpirar tan sólo con imaginar el rostro de Gregor en cuanto se enterase de su desaparición.

–¡Ese mismo! Si el novato sobrevivió, podrá hacerlo cualquier integrante de la guardia real. Después de todo, no parece tan peligroso ese lugar, así que vamos a cruzarlo y tomar por las pelotas a los del norte.

–¡Sería magnífico! Estoy seguro que los dioses estarán de nuestro lado –lanzó Harald, celebrando la decisión del rey.

–Entiendo la necesidad, pero para eso se precisan recursos –intervino el ministro del tesoro, con preocupación–. Tendríamos que hacer mayores recortes y ya no sabemos de dónde reducir gastos.

–Podríamos reducir el costo de las fiestas de la nobleza. También, si quitamos los gastos reservados de los ministros, podríamos reclutar un batallón de nuevos guerreros –declaró el anciano, empecinado en contrariar a Hans.

–Los ancianos también tiene varios gastos inútiles. El mantenimiento de la biblioteca, por ejemplo, la cual ya nadie visita –retrucó este, bastante enojado.

–Deberías tener más respeto, cuando aún te limpiaban el culo yo ya estaba aconsejando al rey –replicó el anciano, rabioso.

Aquella reunión era un verdadero fiasco, las discusiones y la falta de ideas se adueñaban de la sala. El rey se levantó de la mesa y se alejó, dejando a los demás que discutieran a sus anchas. Le hizo un gesto a Einar para que se acercara, y cambió de tema.

–Llevo varios días sin entregar medallas, ¿estuviste pensando a quienes podemos condecorar? –Preguntó, tratando de distenderse un poco.

–Mi majestad, tenemos varios candidatos –anunció el consejero, entusiasmado.

–Adelante, vamos a ver qué tienes esta vez.

–Existe un pescador que capturó más de una docena de peces dorados en una sola noche. Es una hazaña obtener esa cantidad en el Lago de los Dioses sin ser advertido por los del norte –propuso Einar, inseguro.

–¿Te estás burlando? La última vez entregamos una medalla a un hombre que se atrevió a ingresar al Bosque Encantado, ¿y ahora premiaremos a un sujeto por tener una noche de suerte en la pesca? –Respondió en tono reprobatorio el rey, decepcionado–. Dime de alguien que haya hecho algo más arriesgado.

–¡Sí, señor! El hijo del cantinero es muy temerario. Se atrevió a beber cinco vueltas de dragón rojo y aún mantenía la compostura. Usted sabe que nadie alcanza la cuarta vuelta sin perder el equilibrio o vomitar sobre su propia ropa –dijo, en un nuevo intento por sorprender al rey.

–¡Eso no es arriesgado, es estúpido! –Repudió nuevamente, esta vez fastidiado–. No puede ser que, en todo el reino, no haya nadie que hiciera algo destacable.

–El viejo herrero casó a la última de sus siete hijas y dio con un buen partido, un caballero de la guardia real. Hizo un esfuerzo enorme para lograrlo.

–¿Dónde está la hazaña?

–La chica es muy fea. En épocas de celebraciones, solía danzar el Rito de los Demonios y no le hacía falta utilizar mascara. Todos pensaban que se convertiría en una solterona pero, de alguna manera, el viejo pudo casarla.

–Yo no consigo candidato para la princesa y el viejo casó a sus siete hijas. Reconozco el logro, pero no es lo que estoy buscando –cerró, pensativo–. Esfuérzate un poco más, Einar, hablaremos en otro momento.

–Como usted desee, mi majestad –dijo el consejero, y regresó a la mesa tras una reverencia.

El rey permaneció meditabundo. Volvió a posar la vista sobre sus colaboradores y se indignó al verlos discutir sin resolver nada. En medio de su decepción, se abrió la puerta y la figura de Klaus se hizo presente en el salón.

–Mi majestad, tengo novedades importantes, ¿podríamos hablar en privado? –Solicitó sorpresivamente.

Gregor lo observó durante unos segundos sin emitir palabra. El capitán se mostraba nervioso y preocupado, y el rey, dándose cuenta de que se trataba de algo serio, le hizo un gesto para que lo siguiera. Ambos atravesaron la puerta y caminaron en silencio por el hall principal.

Ascendieron por las escaleras hacia el siguiente piso de la gran torre, en donde pudieron contar con un ambiente mucho más reservado. Klaus no pudo evitar mirar a su alrededor con disimulo, no solía acceder al sector sin el acompañamiento de un miembro de la realeza. Un largo pasillo rodeaba los laterales de la torre, donde se establecían los aposentos de varios integrantes de la nobleza, la princesa y el mismo rey. En el centro se alzaban extensas columnas y un arreglo floral muy elegante, en honor a la reina, la difunta esposa del rey, cuya ausencia ya sumaba más de cinco veranos.

Mientras Gregor y Klaus se dirigían a una de las habitaciones, Elena apareció en el recinto. La hija del rey acababa de arribar al castillo, luego de una noche más que agitada. Su apariencia desalineada daba testimonio de las penurias que había sufrido. Se sorprendió al ver a su padre, y trató de evitar ser advertida, de ningún modo quería que la viera en ese estado. Se ocultó rápidamente detrás de una de las columnas del hall y se mantuvo inmóvil. Los hombres se dirigían con prisas y poco contemplaban del entorno, sus caras de preocupación delataban la urgencia. Elena, que era una mujer perceptiva, a simple vista se percató del detalle. Sabía que su padre no estaría acompañado de un militar en los aposentos reales a menos que fuera por algo inusual.

La princesa temía ser descubierta, pero la curiosidad por saber qué estaba sucediendo era más fuerte. Sigilosamente se movió a la siguiente columna, aún escondida, más próxima a la posición de los hombres. Ambos se detuvieron frente a una de las habitaciones, donde el rey solía mantener reuniones privadas. Antes de ingresar, soltó un comentario.

–Aquí estaremos solos, es mucho más reservado. Espero que sea algo importante, recuerda que acabó de abandonar una reunión clave. A la cual tú no asististe, por cierto –añadió, irónico, dejando en claro su malestar.

–Mi majestad, jamás me hubiera ausentado si no tuviera un motivo que lo justificara, necesito que me escuche –se excusó el militar, algo nervioso.

–Eso haré, ya me estás preocupando –dijo, y abrió la puerta.

La sala se encontraba al lado de uno de los vestíbulos principales. La princesa lo conocía ya que solía utilizarlo con frecuencia, sobre todo cuando la peinaban para los grandes eventos. Poseía las llaves así que, tras el ingreso de los dos hombres a la habitación, hizo lo propio en la lindera. Las paredes eran gruesas pero aun así no aislaban el sonido del todo. Elena se apoyó sobre la pared y, en silencio, se dedicó a escuchar la conversación que mantenían del otro lado.

–Mi majestad, lamento decirle que tuvimos un inconveniente critico en la ceremonia de iniciación –comenzó a explicar Klaus, aún sin saber cómo darle la noticia al monarca.

–No des más vueltas y ve directo al grano, ¿qué sucedió? –exigió sin rodeos.

–Uno de los reclutas se arrepintió de realizar la prueba y se reusó a sacrificar a su auxiliar de entrenamiento.

–Siempre hay cobardes, los hay en todas partes, no me parece tan relevante. Interrumpiste mi reunión… –increpó el rey, alzando la voz, pero el militar se atrevió a interrumpirlo.

–Mi majestad, ese no es el problema. El novato se llevó al caballo, no sé qué se le pasó por la cabeza.

–¿Dónde se encuentra el idiota? –Preguntó, más contenido pero también intranquilo. El rey comenzaba a comprender la gravedad de la situación.

–No sabemos dónde está, lo buscamos por todo el reino y nadie sabe de él. Seguramente se esconderá, a fin de cuentas es un desertor y su delito lo llevará a prisión. De todos modos, mis hombres persistirán hasta encontrarlo.

–¿Qué tan viejo era el espécimen? –Soltó Gregor, y se produjo un silencio incómodo.

–Lo suficiente –confesó el militar, al fin–, era un yegua que ya había cumplido su ciclo. Si el novato se oculta junto al animal, ya sabemos a lo que nos exponemos –concluyó con seriedad

El rey tardó en reaccionar, balbuceó algunas palabras y finalmente hizo una nueva pregunta.

–¿Cómo es el nombre del desertor?

–Eros, mi majestad. Era el recluta más prometedor del grupo, es una pena que haya tomado ese camino.

–¡Eros! ¡Ese muchacho sólo me trae problemas! –Exclamó Gregor, fastidiado–. Quiero que lo encuentren cuanto antes y me informen de cada paso que tomen, no aceptaré errores –ordenó, amenazante.

–Lo mantendré informado –aceptó el militar.

El diálogo se fue diluyendo y ambos se retiraron de la habitación en cuestión de minutos.

Por su parte, Elena estaba confundida. Sabía que la falta de su amigo era grave, pero no entendía por qué generaba tanta conmoción su desaparición junto con Agatha. Eros era especial para ella, pero para el resto era tan sólo una promesa de guerrero. No comprendía la preocupación de la guardia real y la de su propio padre. Había algo más detrás de su desaparición y no descansaría hasta averiguarlo.

20

El silencio era abrumador, tan sólo el crujir de las hojas secas se atrevía a desafiar la quietud del bosque. Eros había cabalgado a su yegua por un largo tramo atravesando el Camino de los Miedos. La marcha había sido lenta pero continua, hasta que se detuvieron a los pies de un inmenso árbol, en donde desmontó.

Agatha se mostraba nerviosa. Podía entenderla, el ambiente era sobrecogedor. Eros le apoyó la palma sobre el hocico y logró apaciguar un poco su malestar. Inmediatamente, lo invadió el recuerdo de las noches en que la había cobijado de recién nacida, luego de que vendieran a la yegua que la había dado a luz. Era una potra muy joven y no estaba lista para abandonar el calor materno, pero la necesidad de aquellos días había sido apremiante. Apenas siendo un niño, Eros también había perdido a su madre, por lo que sentía reflejado su dolor. En aquella ocasión, la había protegido con su compañía y había encontrado el modo de transmitirle paz acariciándole el hocico con su pequeña mano. Desde entonces, se había convertido en un hábito que volvía a surgir cada vez que Agatha necesitaba un poco de calma.

El paisaje era siniestro, incluso amenazante, sin embargo Eros se sentía seguro. Ya había recorrido ese camino antes y, aunque no guardaba los mejores recuerdos, esta vez su perspectiva era diferente. En su primera incursión, había ingresado envalentonado por preséntela promesa de un futuro inmejorable, con una posición creciente dentro de la guardia real, y a punto de convertirse en guerrero. Pero su mente se había nublado cuando había visto la ilusión de Agatha ingresar al bosque y fue tras ella con desesperación por encontrarla.

En esta nueva oportunidad, todo parecía antagónico. Su carrera en la milicia se había visto truncada en un intento frustrado que, a falta de más males, le contrajo el delito de deserción. La princesa le había fallado en un momento crucial de su vida y la posterior huida lo había arrastrado a un destino incierto. A pesar de todo, contaba con la presencia de Agatha y la experiencia de haber conocido ese sitio antes. Resultaba extrañamente alentador y, por algún motivo, se sentía más a gusto con esta nueva realidad.

Con la mente más relajada, esta vez, se permitió percibir con mayor atención el entorno. Su paso ya no era el de un joven desorientado, sino el de un hombre buscando su destino, con la firmeza y el aplomo de saber que no debía rendir cuentas a nadie más que a sí mismo. Se tomó un momento para contemplar aquel ambiente silvestre y peligroso pero, a la vez, libre y cautivador.

La luz apenas penetraba entre el robusto follaje. Los árboles entreveraban sus copas y ocultaban el cielo con sus hojas, las cuales brillaban al retener la luz solar que abrazaba aquella coraza. Ese manto verde parecía convertirse en una enorme bóveda natural. Por otro lado, entre las raíces de los árboles, crecían arbustos y plantas de todo tipo, de manera abundante. Allí, el clima húmedo favorecía un intenso crecimiento de la vegetación. Eros no había apreciado esos detalles en su primera visita, y ahora que los advertía le resultaban hermosos y encantadores.

Volvió a montar a Agatha con placidez y juntos retornaron al camino. Avanzaron un nuevo tramo sin sufrir sobresaltos. El joven había superado sus miedos en la primera visita y no temía confrontarlos nuevamente. A su vez, el bosque parecía reconocer su valentía y lo eximía de tener que afrontar las mismas amenazas. Sin embargo, un vestigio de duda se apoderó de Eros y se preguntó si no lo volvería a poner a prueba de otra forma.

No tuvo que esperar mucho para ello. Un poco más adelante, Eros advirtió un sendero de aspecto irregular entre la maleza que se desprendía del camino principal. Se notaba que había sido despejado intencionalmente. Para ese entonces, ya había superado la zona inspeccionada en su anterior expedición, cuando había hallado el Búnker Abandonado. A pesar del peligro, la curiosidad fue más fuerte: necesitaba saber qué había detrás de esa senda. Sin pensarlo más, se internó en el camino.

La vía estaba en muy mal estado, por lo que prefirió avanzar a pie. Con una mano sostuvo las riendas de Agatha y con la otra la espada para desmalezar el acceso. Al cabo de unos minutos, se topó con las cenizas aún ardientes de una fogata, lo que confirmaba la presencia de otra persona en el lugar. Antes de que pudiera hacer conjeturas, una voz nerviosa y amenazante exclamó a sus espaldas.

–¡Detente! Arroja tu arma y date la vuelta –demandó el desconocido.

Eros arrojó su espada. Lentamente, se volteó hasta quedar frente al individuo. Al levantar la vista, lo pudo observar y la sorpresa lo invadió por completo: se trataba de Aron.

–¡Aron, estás vivo! –Gritó Eros, sin poder creerlo.

–¡Eros! ¿Qué haces aquí? Pensé que jamás volvería a ver a otra persona –dijo, y sus ojos se humedecieron de emoción.

–No lo puedo creer, pensé que el dragón del pantano te había devorado. ¿Cómo sobreviviste?

–Mordió mi espalda, pero trabo la mandíbula en la armadura. Sentí la presión de sus dientes, pero no me hizo daño. Al sumergirme en el agua, me revolcó y salí despedido. Apenas pude nadar hacia la orilla, quedé exhausto –narró Aron, relatando con dramatismo las escenas.

–¿Qué pasó después? ¿Por qué no volviste al pueblo? –preguntó Eros, extrañado.

–Tras la sacudida, quedé tumbado varias horas. Para cuando recuperé algo de energías, tan sólo pensé en alejarme del pantano. Pero estaba tan aterrado que cometí un grave error: perdí mi posición. Un guerrero nunca debería perder el sentido de la ubicación –expresó con amargura. Se tomó un instante y continuó–. Traté de retomar el rumbo, pero me fue imposible, esto es un laberinto. Desde entonces, sobrevivo como puedo en este sitio.

–Tranquilo, yo puedo mostrarte el camino de regreso.

–¡Gracias, te enviaron los dioses! Me devolviste la esperanza, pensé que ya no volvería a recuperar mi vida. Este lugar es un infierno, si permanezco aquí más tiempo, terminaré siendo atacado por un dragón o enloqueciendo. Los sonidos por las noches son aterradores, en lo profundo del bosque aún se oyen los gritos de los guerreros caídos.

–Fuiste muy valiente para mantenerte vivo todo este tiempo –respondió Eros, con sincera admiración–. Cuando regreses serás un héroe, los juglares escribirán historias sobre tu aventura.

–Tal vez –asintió su amigo, y emitió una leve sonrisa–. Pero lo único que me importa es salir de aquí.

–No esperemos más, te mostraré el camino –dijo, y le hizo un gesto para que lo siguiera.

Ambos montaron a la yegua y enfilaron hacía el sendero descubierto por Eros. Durante el retorno al camino principal, continuaron la charla.

–¿Qué pasó contigo luego de separarnos? ¿Encontraste a tu caballo?

–Tenías razón, todo había sido una alucinación, nunca había perdido a mi yegua –admitió Eros–. Estuvo afuera y a salvo en todo momento.

–Entonces, si pudiste salir de aquí, ¿por qué volviste? –Preguntó Aron, confundido.

–Es una larga historia. Pude salir, pero no fue nada fácil y además casi me mata un dragón rojo –contó, y su amigo abrió los ojos de par en par.

–¿Un dragón rojo? –Atinó a preguntar Aron, quien pensaba que los dragones rojos eran sólo una leyenda

–Fue una lucha muy dura, le hundí mi espada en uno de sus ojos y el casi me prende fuego. Pero pude escapar y salir del bosque.

–¿Qué pasó afuera?

–Fui el único en volver y superar la primera prueba. Me condecoraron, el mismo rey me entregó una medalla por mi valentía –explicó con simpleza.

Aron se sintió incómodo. Una oleada de rabia, extrañamente, lo dominó. Sentía bronca de que a Eros le saliera todo bien, deseaba estar en su lugar y le costaba disimularlo.

–¡Que suerte la tuya! Mientras tanto yo apenas pude sobrevivir.

–No creas que todo fue bueno. En la última prueba, nos pidieron que sacrifiquemos a nuestros auxiliares de entrenamiento y yo no pude hacerlo –expresó Eros, con dolor. Aron se sintió confundido, por un lado, empatizaba con la pena de su amigo pero, a su vez, disfrutaba al saber que él también podía fallar. Eros continuó–. Mi insubordinación fue grave, pero no quise ser condenado, así que decidí huir con Agatha. Me convertí en un desertor, por eso estoy aquí otra vez. Lo perdí todo, salvo a ella –dijo, y le dio unas palmadas cariñosas en el lomo a la yegua.

Aron no podía ocultar su satisfacción, por primera vez, se sentía en una mejor posición que Eros. Sin pensarlo, se le escapó un comentario poco apropiado.

–¡Me alegra saber que no eres perfecto! –Exclamó con sinceridad.

–¿Te alegras de mi desgracia? –Increpó, sorprendido.

–Claro que no, pero es bueno que los dioses no piensen en ti todo el tiempo. Tal vez podrían ocuparse un poco del resto –respondió, tajante.

–Obviaré ese comentario, piensa que si no fuera por mi error seguirías aquí perdido –retrucó Eros, molesto.

–Sí, ya lo sé. Discúlpame, fue descortés de mi parte –expresó, esta vez, con mayor diplomacia. Luego el silencio se adueñó de ellos hasta que alcanzaron la posición del Camino de los Miedos.

Aron se estremeció al reconocer la senda que lo devolvería a la civilización. Tras varios días de vivir entre bestias, palpitaba el retorno a su anterior vida. Dejando atrás el cruce que habían tenido, el joven se abalanzó sobre Eros y lo abrazó fuertemente.

–Muchas gracias amigo, jamás olvidaré lo que hiciste por mí –exclamó, conmovido.

–Espero que estés bien. No sé si te volveré a ver, pero te pediré un favor –le dijo, y Aron lo miró sorprendido.

–Lo que tú quieras, ¿qué puedo hacer por ti?

–Busca a la princesa y dile que estoy vivo. Que algún día regresaré, pero que mientras tanto no se preocupe por mí, porque voy a estar bien.

–Se lo diré, dalo por hecho, es lo menos que puedo hacer por ti –aceptó, y le dio un fuerte apretón de manos.

Se despidieron cordialmente y cada uno continuó con su destino. Aron enfiló por la senda principal en dirección sur, y Eros hizo lo propio rumbo al oeste.

21

El sol había pasado el cenit, y sus rayos descendían entre los huecos de las nubes espesas. La luz ingresaba por un gran ventanal y se esparcía por toda la alcoba de la princesa, ubicada sobre el ala oeste de la Torre del Homenaje. Era el momento del día de mayor luminosidad en la habitación, y la dama Engla aprovechaba la claridad para tomar las medidas del próximo atuendo de la princesa.

Elena posaba erguida con los brazos extendidos, tan sólo vestida con la camisola de seda que solía usar para dormir. Mientras tanto, la veterana mujer rodeaba su cintura con una cinta de medición, como las que usaban las damas costureras de la nobleza. La princesa había perdido algo de peso y su talla había variado ligeramente. La exposición de la realeza era constante y demandante, lo que exigía la mayor perfección en el calce de las prendas.

La dama Engla siempre se había ocupado de satisfacer las necesidades de la princesa y sus cuidados, siempre muy dedicados, se habían intensificado tras el fallecimiento de la reina. Incluso el rey Gregor depositaba toda su confianza en ella. La mujer había acompañado a Elena en las distintas etapas de su crianza, habiendo sido también su nodriza desde que la joven era pequeña. En la actualidad, era una de las pocas personas de las que Elena aceptaría un consejo.

El clima era distendido, pero Engla no tardó en darse cuenta de las lesiones de la princesa. Las heridas en sus piernas, en ese momento al descubierto, eran vestigios del tormento que había sufrido la noche anterior. Incontables moretones y raspaduras resaltaban en la finura de su piel.

–¿Qué son estas marcas? –Preguntó la mujer sorprendida.

–No es nada importante –respondió la princesa con suficiencia, pero la dama no se conformó con la respuesta. Alarmada, pensó que tal vez alguien habría abusado de ella y su cara reflejaba preocupación.

–¿Qué fue lo que pasó? –Insistió nuevamente.

–Es sólo un golpe, me caí del caballo, pero no es nada grave –justificó, y Engla le respondió frunciendo el entrecejo.

Elena tenía un espíritu aventurero que desconocía la mayoría de las personas de su entorno, salvo su nodriza, quien atesoraba muchos de sus secretos. Esta vez la situación era más delicada y la princesa no tenía ganas de entrar en confesiones, pero no pudo evitar la presión de la dama, por lo que se decidió a contarle parte de la historia.

–Bien, esto deberá quedar entre nosotras –dijo con severidad, y aguardó a que la mujer asintiera antes de continuar –. Intenté ayudar a Eros en su prueba final, él no podía sacrificar a su yegua, así que le ofrecí intercambiarla por otro caballo. Busqué un espécimen desahuciado de la caballería pero, cuando quise llevarlo a la ceremonia, me atacaron unos ladrones –relató, mientras se le entrecortaba la voz, entre bronca y tristeza.

–¡Pero, niña! ¿Cómo hiciste una cosa así? ¿Por qué corriste ese riesgo? –indagó, se llenaba de horror de tan sólo pensar lo que podría haberle ocurrido.

–Sabía que era peligroso, pero debía intentarlo.

–Fue una locura, el muchacho se podía arreglar sólo. Tú eres una princesa, no puedes exponerte de esa manera. ¿Qué te hicieron? –preguntó, cada vez más angustiada.

Elena se acercó a la buena mujer, la tomó por los hombros con ambas manos y la miró fijo a los ojos tratando de trasmitirle tranquilidad.

–No me hicieron daño, logré escapar. Pero perdí al caballo y al saltar me hice las heridas. Eso es todo, estoy bien, no quiero que te preocupes. Sé que fue estúpido lo que hice, pero no volverá a suceder, te lo prometo –aseguró, logrando calmar un poco a la dama, quien se quedó callada.

El silencio se adueñó de la sala. Engla terminó de tomar las medidas y se despidió dándole un apretón en las manos. Intentaba ser cálida, pero se había quedado sin palabras. Finalmente se retiró de la alcoba.

Engla era la confidente de la princesa, se había ganado su amistad y jamás había dejado escapar una palabra de las pronunciadas en esas charlas íntimas, pero esta vez la situación era diferente. La dama consideraba que la situación se le había ido de las manos a la joven, y que su propia integridad estaba en juego. A pesar de que no quería romper el secreto, creyó conveniente alertar al rey sobre lo acontecido. Sin dudarlo, le transmitió su inquietud al monarca, quien no tardó en dirigirse a la habitación de su hija para hablar sobre el tema.

El rey golpeó a la puerta de la alcoba de Elena y, al ingresar, abrió el diálogo yendo directo al grano, como era su costumbre.

–¡Cómo pudiste hacer una cosa así! No eres una campesina, eres la princesa de este reino –lanzó, y Elena hizo un gesto de fastidio: ya sabía cómo seguiría esa charla.

–Ya te fueron con el cuento. ¡No puedo confiar en nadie! –Exclamó, se sentía decepcionada.

–No culpes a Engla, tan sólo quiere protegerte. Lo que hiciste fue muy peligroso, me hubieras pedido ayuda.

–¿Ayuda? Te disgusta mi relación con Eros, nunca me hubieras ayudado –justificó, masticando bronca.

–Es verdad, no te hubiera ayudado porque es una locura. Pero tampoco tendrías que haber hecho una cosa así, era su problema, no tenías que exponerte de la manera en que lo hiciste.

–Ya lo sé, fui imprudente. Te pido disculpas, padre –dijo, compungida.

–Claro que te disculpo, pero debes tener más cuidado de aquí en más –respondió él con suavidad, sentándose junto a ella.

La rodeó con los brazos, y la princesa hizo lo mismo. A los pocos segundos, la joven se quebró dejando caer algunas lágrimas. El rey acarició su cabeza y trató de consolarla. Permanecieron así algunos minutos, hasta que Elena se reincorporó y retomó el diálogo.

–¿Por qué son tan rigurosos? Si la prueba no hubiera sido tan exigente nada de esto hubiera sucedido.

–Esto ya lo discutimos, el joven no se postulaba como herrero, pretendía ser un guerrero real. Sólo los hombres más valientes pueden aspirar a eso –respondió el rey, tratando de conservar la calma. Cada vez que hablaban sobre Eros, la charla derivaba en discusión y no quería ese desenlace nuevamente.

Elena lo miró confundida, sentía mucha bronca por lo que había ocurrido con su amigo pero, por otro lado, sabía que las palabras de su padre no estaban completamente erradas. Gregor continuó explicándose mientras se esforzaba por mantener la templanza.

–Eros debía estar preparado para poder realizar esa prueba, si no pudo llevarla a cabo es porque no tiene las cualidades para ser un verdadero guerrero. En la batalla se enfrentaría a situaciones mucho más difíciles. Lamentablemente, no lo comprendió antes y ahora deberá pagar las consecuencias –concluyó

–Pero podrías hacer una excepción para que no fuesen tan duros con él –arremetió nuevamente, afectada, aunque sabía que las chances de éxito eran escasas.

–¡Excepción! Soy un rey, no hago excepciones. No sabes lo difícil que es ser justo con todos. Eros cometió un delito y debe pagarlo como cualquier otro.

–Pero nunca hubiera huido del reino sino fuera por la exigencia de la guardia real. ¡De haberse quedado estaría en prisión ahora mismo! –Lanzó, enojada, y el rey se sorprendió ante el comentario. Advirtió que su hija ocultaba información.

–¿Eros huyó? Nadie dijo que hubiera huido, debe estar escondido en alguna granja –replicó, con mirada suspicaz–. ¿Sabes algo más que yo no sepa de él?

–Yo no sé nada más, dije que huyó pues es lo más lógico –respondió, mirando hacia el suelo, la lengua se le enredaba.

–No creo que sea lo más lógico. Además, ¿a dónde podría huir? No es fácil alejarse de este reino, hay que tener agallas para eso y él es un cobarde

–¡No es un cobarde! –Retrucó, rabiosa.

–Claro que lo es, no irá a ninguna parte, ya lo encontraremos –insistió Gregor. Quería presionar a su hija, intuía que podría sacarle algo más de inormación.

–No creo que lo encuentren –dijo con una sonrisa burlona.

–¿Cómo estás tan segura? ¿Acaso tú sabes dónde está? –Indagó, punzante.

–¡No! No lo sé, cómo lo sabría… –respondió, dubitativa, pero el rey la interrumpió, enérgico.

–Elena, si sabes algo más me lo tienes que decir. Tenemos medio ejército de guerreros buscándolo, estamos gastando muchos recursos en esto. No lo cubras, no seas cómplice, ¿qué sabes? –Preguntó nuevamente, y clavó su mirada incisiva.

Elena ya no podía sostener más el secreto. No quería delatarlo, pero también sabía que, si lo encontraban, estaría a salvo de los peligros del bosque.

–Sé dónde está, te lo diré si me prometes que no le harán daño –cedió al fin, con resignación.

–No le haremos daño, pero sabes que deberá pagar una condena. Adelante, dime, ¿dónde está?

–Huyó hacia el oeste, a través del Bosque Encantado –respondió, descomprimiendo la presión, pero llenándose de culpa por haber delatado a su amigo.

–¡Perfecto! –Exclamó el rey, quien no pudo disimular un gesto de alivio.

–¿Perfecto? ¿Te alegras por eso? –Indagó, extrañada. Ahora la princesa era la que se volvía más suspicaz.

–No me alegro, pero me acabas de resolver el problema: el muchacho ya está muerto.

–¡No digas eso! –Exclamó furiosa.

–No hace falta que lo diga, es un hecho.

–Deberían ir a buscarlo ahora que sabes dónde está –demandó, cada vez más preocupada.

–No vamos a ingresar al bosque, nadie asumirá ese riesgo por un desertor.

–Corre peligro su vida, tienen que ayudarlo. ¡No puedes quedarte de brazos cruzados! –Dijo, alzando la voz.

–¡No puedes hablarme así! Soy tu padre y también tu rey, me debes respeto. Yo hago lo mejor para este reino. Si el joven juega con su vida, es su problema, no es asunto nuestro –concluyó Gregor, molesto por la actitud de su hija.

Una vez más, terminaban discutiendo por Eros. El rey estaba contrariado y ya no quería continuar con el tema, así que prefirió retirarse de la habitación. Especuló con la idea de que pronto se le pasaría la bronca a su hija, por lo que se centró en la información que acababa de recibir, considerándolo una buena noticia.

Elena se quedó estupefacta ante el giro que tomó aquella charla inconclusa. Sentía enojo por las diferencias con su padre, pero le incomodaba aún más no comprender la reacción que había tenido. Advirtió en él una sensación de alivio ante la noticia, una postura que no tenía sentido para ella, salvo que hubiese algo más que desconocía al respecto.

22

Elena recorría los pasillos de los pisos altos de la Torre del Homenaje, donde el acceso estaba restringido sólo a miembros de la realeza. Su rostro exhibía un gesto recio, producto de la amarga charla que había tenido con su padre horas atrás. Estaba insatisfecha, disgustada, no quería conformarse con la escasa información que disponía en cuanto la situación que había desatado la desaparición de Eros.

No sabía en quién confiar ni a quién interrogar sobre los acontecimientos. Estaba claro que, en el castillo, todos le serían leales al rey. Sus pensamientos eran confusos pero, en medio del desconcierto, se presentó una oportunidad. Uno de los ancianos sabios acababa de abandonar su alcoba. El hombre se llamaba Olaf y era tal vez uno de los ancianos más reservados, aunque no de los más discretos. A pesar de mostrar una apariencia muy ortodoxa, atesoraba un oscuro secreto que nadie conocía en el reino. Nadie, a excepción de la princesa.

Cuando Elena era pequeña, había accedido por error a la habitación de un caballero de la guardia real. Allí, sorprendió al militar en una situación poco apropiada junto a Olaf, quien acariciaba el torso desnudo del musculoso guerrero. La niña se había limitado a mirar en silencio la ecena, comprendió que había ingresado al sitio equivocado y se mantuvo inmóvil, sin saber qué hacer. De inmediato, los hombres advirtieron su presencia y disimularon el hecho acomodándose las ropas a toda velocidad. El veterano, con mucha vergüenza, se acercó a ella y le suplicó que no contara una palabra de lo que había visto. A los pocos segundos, inesperadamente, otro caballero ingresó a la habitación y Olaf se estremeció al pensar lo que hubiera pasado si este se hubiera presentado antes que la niña.

Aquel suceso, confuso en su momento, había quedado en el pasado, enterrado en la memoria de la niña. Pero, con el tiempo, la princesa maduró y comprendió mucho mejor lo que había sucedido en aquella alcoba. Sabía que el anciano se encontraba en una situación delicada, ese acto era denominado *pecado de hombría*, y era motivo suficiente para destituir a cualquier miembro de un puesto importante en la cúpula del reino. Elena nunca había juzgado aquel hombre por su aventura, sin embargo, el veterano quiso asegurarse de preservar ese secreto ofreciéndole a cambio el privilegio de acceder a la biblioteca de los ancianos sabios. Desde entonces, compartió su llave personal con la princesa y le abrió las puertas a un universo de lectura restringido a casi todas las personas del reino.

Elena sabía que no tenía otra opción. Especulaba con el temor que sentía el anciano y, si bien no la enorgullecía utilizar ese recurso en su contra, sabía que el hombre no podría ocultarle la verdad. Sin dudarlo más, se acercó a Olaf y lo increpó directamente.

–Necesito que me ayude con algo –la ansiedad hacía que su voz sonara más demandante de lo normal.

–Lo que usted desee, princesa –respondió preocupado, sabía que el pedido de la joven no sería algo sencillo.

–Necesito saber qué está ocurriendo con la desaparición del recluta. A nadie parece realmente importarle su huida, sino más bien otra cosa –dijo, con el ceño tan fruncido que sus cejas parecían tocarse.

–No sé qué información espera que pueda suministrarle, pero me temo que no hay nada oculto. El muchacho es un desertor, es lógico que haya preocupación… –el anciano fue interrumpido abruptamente.

–No me dé vueltas, sé que hay algo más y necesito respuestas –exigió, con vehemencia.

–Señorita, entienda que se está excediendo en su pedido.

–¿Excediendo? Tal vez me estaría excediendo si contara su secreto –lanzó como un dardo venenoso, y esperó.

El anciano se quedó inmóvil, habían pasado muchos años de aquel incidente, y durante todo este tiempo se preguntaba si la princesa retendría ese hecho en su memoria. Sus palabras le confirmaban que sí, y lo dejaban en jaque frente a su pedido. Entendiendo que no tenía opción, cambió su postura.

–Bien, la ayudaré –respondió e hizo una pausa–. Pero me tiene que dar su palabra que no le dirá nada a nadie sobre la información que le suministraré, y mucho menos revelar que yo lo hice. ¿Está de acuerdo? –preguntó, nervioso.

–Por supuesto, seré una tumba.

–Vayamos a un sitio más discreto –propuso, e inició la marcha seguido de cerca por la princesa.

Se dirigieron hacia el punto más alto de la Torre del Homenaje, donde estaban montados los puestos de vigías, en los que alguna vez la princesa se había encontrado con Eros en su primer servicio. No había vuelto al lugar desde ese día, lo que la llenó de cierta melancolía. Una vez en la cima del torreón, obtuvieron privacidad: allí el silencio se escurría entre las fuertes ráfagas de viento. La ansiedad de la princesa por oír lo que tenía por decir el anciano, la carcomía por dentro. Finalmente, Olaf soltó parte del misterio.

–En primer lugar, deberás comprender el significado de la metamorfosis del dragón –comenzó, y la intriga se clavó como una daga en la mente de Elena.

–No sé qué es eso pero, si es importante para comprender lo que está ocurriendo, lo escucho –respondió ella, expectante.

–Se conocen muchas historias acerca del Día del Juicio, existen tantos cuentos como juglares en esta tierra, pero lo cierto es que muy pocos conocemos los enigmas de aquel maleficio. Los relatos de los sobrevivientes afirman que el bosque está infestado de dragones de todo tipo, tú misma pudiste leerlo en los libros que conservamos en la biblioteca. Pero hay información que ha sido guardada en secreto durante años, trasmitida de boca en boca entre miembros de la cúpula real, y que ni siquiera se ha volcado en los textos para evitar que cayera en manos equivocadas.

–No entiendo por qué se oculta la información, la verdad es de todos y no tienen derecho a guardársela –interrumpió con rebeldía.

–No es tan sencillo, niña –el tono descalificador no le hacía ninguna gracia a la princesa–. Hay que preservar el orden en el reino, ya tenemos bastante con los ataques del norte. No queremos tener una revuelta interna también. No todos están preparados para conocer la realidad de las cosas, incluso su actitud impaciente e irreverente me hace dudar en continuar mi relato. ¿Acaso usted es una persona de confiar? Porque lo que tengo para decirle podría cambiar su manera de interpretar la vida. Así que me pregunto, ¿debería continuar mi explicación? –Retrucó, molesto.

Elena bajo la mirada un momento y no pronuncio palabra, intentando mostrar una postura más dócil. El gesto fue elocuente, y el anciano continuó.

–Nadie sabe el verdadero origen de los dragones, apenas se conoce su existencia a raíz de los comentarios de algunos guerreros, e incluso así muchos los consideran sólo mitos. El punto es que el origen de estas bestias es tan aterrador como la presencia de ellas mismas. Estas criaturas no surgieron de las profundidades, ni cayeron del cielo, sino que fueron concebidas en nuestra propia tierra y hasta han convivido con nosotros –Elena no comprendía a qué quería llegar el hombre, no deseaba volver a ser grosera con él, pero quería que llegara al punto de una vez.

»La maldición del bosque no creo a las criaturas, sino que las convirtió en lo que son. Tras el hechizo, los caballos de los guerreros que estuvieron en la batalla fueron transformados en temibles dragones que no respondieron a ningún amo, devorando tanto hambres del norte como del sur, sin distinción de banderas. Una horrible transformación mutó sus cuerpos en lagartos gigantes, convirtiendo no sólo la apariencia física sino también las almas de aquellos animales, si es que aún las conservaban. Pero eso no fue todo, desde entonces, la maldición se extendió a toda la caballería de Tibur y ni los más bellos corceles escapan al malefició. Todos los caballos al alcanzar su vejez comienzan un lento y espeluznante proceso de metamorfosis que los conduce al mismo destino que los ejemplares esparcidos en el Bosque Encantado.

–¡Eso es horrible! –Exclamó Elena, espantada. Su rostro se llenó de confusión y sus ojos se enrojecieron.

–Lamento tener que contarte todo esto, pero es la verdad. Es realmente inquietante, pero eso no es todo –prosiguió, y la princesa se puso aún más impaciente. El anciano tenía su atención en un puño y, en algún punto, había comenzado a disfrutarlo–. La metamorfosis del dragón es un proceso lento, como ya le dije, lo que nos permite controlar el fenómeno. Ni bien se presentan los primeros síntomas, se apartan a los especímenes y se lo utiliza en rituales o sacrificados directamente. Esto se hace mucho antes de que la transformación se convierta en una amenaza, e incluso antes de que levante sospechas en la población, lo que sería aún peor –explicó, e hizo una pausa, como si dudara continuar. La princesa estallaba con los nervios a punto de explotar.

–No de más vueltas, vaya al grano, ¿qué más hay? –Preguntó, tajante como su padre.

–Comprendo tu urgencia, pero debes comprender que esta información es muy delicada. Quiero ser preciso en mi explicación para que no haya falsas interpretaciones –aclaró, pero solo consiguió que Elena estuviera al borde de perder la paciencia. Entendió que estaba jugando con fuego, por lo que fue directo e incisivo–. La metamorfosis del dragón adopta un comportamiento diferente dentro del Bosque Encantado. No admite preámbulo, el proceso se acelera y en cuestión de horas la transformación se hace efectiva. Nadie sabe por qué es así, sólo sabemos que ocurre.

–Esto es muy grave, ahora entiendo la preocupación y por qué nadie se atrevería a buscar a Eros en el Bosque Encantado. También comprendo la reacción de mi padre –dijo, mientras se atropellaban las palabras en su boca–. ¡Ya lo da por muerto!

–Lamento decirte que pienso lo mismo, no hay posibilidad de que sobreviva. Eros desconoce el proceso, nunca tomará las medidas adecuadas. En cuanto se inicie la metamorfosis no tendrá manera de sobrevivir –afirmó, y dejo transcurrir un instante de silencio para que la princesa pudiera digerir las palabras–. El mejor consejo que te puedo dar es que te olvides de ese chico, pensar en él sólo te dañará, su destino ya está escrito –concluyó, y se retiró a paso lento.

Elena quedó perpleja con el relato de Olaf, sentía que ya no podía hacer nada al respecto. Con la mente perturbada, se mantuvo inmóvil por un buen rato observando a lo lejos el Bosque Encantado. Desde aquella posición, podía apreciar la dimensión de la espesura, que era casi tan impactante como la noticia que acababa de recibir.